

Postal Gerundense



Desde una altura que no es de la época de "Gerión". Un mirador de buena parte de la entrañable ciudad, desde uno de esos edificios singulares, batutas de la silueta gerundense que — fatalmente — ya no tiene únicamente los clásicos campanarios.

Los miradores y «GERIÓN»

por JORDI DALMAU

Ese invento de la propaganda, que nos domina y nos encanta a la vez, envuelve un sinúmero de cosas y las transforma. Quien sabe si podría afirmarse lo que ya ha sido objeto de estudio en algún congreso de ciencias antropológicas: la progresiva deshumanización por causa de la vida moderna; digamos — tan tímidamente como se quiera, pero digámoslo — que hay en general una ocultación del humanismo.

Particularmente las ciudades en su aspecto físico son buenas víctimas de esa deformación uniformista que la propaganda y su ritmo de pseudobienestar que promete, clava a su espalda en un prolongado día de santos inocentes. El bosque de anuncios-órdenes sobre lo que hay que comprar, comer y vestir, para llegar a ser el más fuerte, el más seguro y el más elegante, junto con la selva de los fenómenos y espectáculos de masas, imperativos luminosos y vorágines de tráfico rodado y sonado, sumado todo a los confabulados medios de comunicación social, es demasiada espesura para poder ver el árbol entrañable de la ciudad para vivir y trabajar a gusto. Al contrario, aquel bosque se nos va repo-

blando continuamente, sin tala posible. Un símbolo plástico sería el enmarañado de antenas tv del paisaje urbano — ¿defendido o atacado? — con la abstracta telaraña sobre la soñolienta estancia.

Así «modernizada» la ciudad, el rostro que debería sernos querido se nos vuelve oculto, y así son explicables ciertas inhibiciones y no pocas retiradas a lugares apartados «del mundanal ruido». Nunca como hoy habían existido tantas publicaciones, consejos y facilidades para conseguir el confort hogareño, y nunca como hoy se había vivido tan a disgusto y tan incómodamente en las ciudades; no es aventurado decir que el sentido de nuestra comunicabilidad social está evolucionando negativamente.

Uno de los más agudos observadores que ha tenido nuestra ciudad fue el Rdo. Dr. Carlos de Bolós, «Gerión». Consideraba él que la eclosión de la propaganda más impresionante se realizaba los días de ferias de Gerona; ello era siempre motivo de algún «Angulo de la ciudad». En el titulado «Policromía de las ferias» escribía que «no son solamente las carteleras lo que hierne

nuestros ojos, sino una infinidad de esquinas, zócalos y columnas que aparecen revestidas de papel multicolor que el azar convierte en una especie de rompecabezas desconcertante. Siempre en colores que si por un lado nos atraen por otro son capaces de hacer rodar la cabeza mejor sentada, hasta imaginarse que las calles, las plazas, los puentes, los árboles, la ciudad toda es un cartel». El rompecabezas desconcertante, a veinte años justamente de aquel «Angulo» es el plato de cada día del año. Hoy, todo el año «es un cartel». Y la ciudad, oculta bajo un impermeable de anuncios, de envoltorio de negocio a la vista, de dirección única hacia la inversión, de edificaciones intoxicadas de colosalismo, se nos va despersonalizando.

Se impone recuperar la visión de la ciudad. Es necesario volver a poderla mirar. Amar — decía Saint-Exupéry — es mirar juntos hacia un mismo horizonte. Hoy que el horizonte está demasiado invisible, se hace difícil mirar comunitariamente. Hemos de asomarnos a los miradores de Gerona, si somos capaces de encontrarlos. Era un verdadero descubridor de miradores urbanos, Gerión. Mirar, para él, era vital elemento: *Fages de Climent le dedicó aquel genial epigrama «No viu pas a les estrelles, mossèn Carles de Bolós, baldament no tingui orelles, amb cada ull hi veu per dos»*. Mirar era el aire de su respiración, y en un artículo escribía así: «Los que andamos por la calle a ras de tierra tenemos una idea incompleta de la ciudad. Los miradores ideales son los altos edificios erguidos en el mismo núcleo urbano y sobre todo los campanarios. Seríamos muchos los que pagaríamos

billete de entrada para ir a gozar del espectáculo a cincuenta metros sobre la calle, un panorama inédito que contribuiría a hacer amable y respetable nuestra ciudad». Uno de los miradores más acariciados por Gerión era Pedret: «Hoy que los recursos constructivos han progresado considerablemente, parece que no sería difícil hallar una solución a base de una especie de balcón asomado o colgante a lo largo de la orilla. Nosotros lo hemos pensado muchas veces y nos viene la idea siempre que vamos por allí, pero mucho nos tememos que todo se quede en fantasía por los siglos de los siglos.»

Aquí se abre la sugerencia de nuestro comentarista de hoy. La ciudad sigue en deuda con su cronista, afanoso buscador de miradas y miradores sobre Gerona. Hoy que la montaña de Montjuich va a convertirse en un parque, ¿no podría su urbanizador recordar, perpetuar, el nombre de «Gerión» en algún sector del «balcón colgante» en que se convertirá el Parque, a mayor altura que el soñado por mossèn Bolós? El detalle cívico que representaría el homenaje de las artes plásticas, sería agradecido por los gerundenses, por la ciudad. Así sería plenamente verdad aquella afirmación del Dr. Luis Pericot: «Gerona repleta de pasado y de vitalidad entrañables sabe resistir la acción demoledora del modernismo en lo que éste pueda tener de perturbador». Y en la evocación de Gerión añadía estas palabras: «Gerona merecía un cronista como él y la Providencia se lo otorgó». Unas palabras que, ciertamente, no deberían ser olvidadas.